

**GUERRA Y GANADO EN LA CONQUISTA DEL  
NGULUMAPU (1860-1867)\*<sup>1</sup>****Pablo Marimán Quemena<sup>2</sup>**

kuastro@gmail.com

Comunidad de Historiadores Mapuche

Santiago, Chile

**RESUMEN**

El objetivo del presente ensayo es comprender el carácter que asumió la guerra en la frontera norte del *ngülumapu* entre los años 1860-1867 y que terminó estableciendo la línea del Malleko; así como conocer su impacto sobre la masa ganadera mapuche. Específicamente, se pretenden indagar los fines por los cuales fue expropiada la ganadería mapuche por los chilenos.

La hipótesis sostiene que la guerra hacia el mapuche, decidida tras un interés nacional, adquiere otras connotaciones en el nivel local que perfilan intereses y actores diferenciados de la política de estado. “Señores de la guerra” (particulares como militares) sacan partido económico acopiando el ganado mapuche tras fines de lucro.

**Palabras claves:** Estado, Pueblo Mapuche, ganadería, siglo XIX, guerra

**ABSTRACT**

The objective of the present article is to understand the way the north boarder of the *ngülumapu* war between 1860 and 1867 took place and ended with the establishment of the Malleko line; we will also try to know its impact on the mapuche cattle owners' society. Specifically, we pretend to look for the goals for which the mapuche cattle activity was expropriated by the Chileans.

The hypothesis is based on the fact that the war towards the mapuche, provoked by a national interest, had other connotations in the local level with interests and actors far from the State politics. The “War leaders” obtained economic gains appropriating the mapuche cattle for luxury reasons.

**Key words:** State, Mapuche people, cattle activity, XIXth century, war

---

\* Artículo recibido en octubre de 2009; aprobado en diciembre de 2009.

<sup>1</sup> Agradezco la colaboración con fuentes que desinteresadamente hicieron Claudio Cratchley y Hernán Curiñir.

<sup>2</sup> Profesor de Historia, Magíster en historia. Este ensayo es parte de la tesis del doctorado de Etnohistoria que curso en la Universidad de Chile.

## Introducción

“Pasaba el asistente del general y salía un quiltro de una ruka, [partía entonces] a avisarle al general que los indios se habían sublevado y tras ello el castigo y el arrebato de miles de sus animales, que iban a incrementar la fortuna de esos pacificadores. En todas las plazas existía un corral anexo donde se marcaban toda la noche los animales conquistados en el día. Reclamaba el indio, se le negaba fueran sus animales los recién marcados, y se le ahuyentaba diciéndole que eran unos ladrones, que le querían robar los animales a su general.”<sup>3</sup>

De la cita de don Manuel Mañkelef se desprende que los conquistadores del *Ngulumapu*<sup>4</sup>, tuvieron algo más que un motivo geopolítico para hacer la guerra al mapuche, entre los años 1860-1885<sup>5</sup>. El robo de animales, la fuerza bruta, la violación, fue una práctica que dejó huellas en su generación. Manuel Mañkelef hizo conciencia y denuncia de esto en sus diversos escritos redactados en la primera mitad del siglo XX<sup>6</sup>.

Los estudios sobre la sociedad mapuche, provenientes de la historia (Leon<sup>7</sup>; Mandrini & Ortelli<sup>8</sup>) y la antropología (Leiva<sup>9</sup>; Bengoa<sup>10</sup>; Foerster<sup>11</sup>), nos permiten comprender que la base fundamental de su economía hacia los siglos XVIII y XIX fue la ganadería. También se ha dado a conocer que el conflicto que opuso a los estados de Chile y Argentina con las sociedades indígenas tuvo el carácter de una guerra de conquista<sup>12</sup>.

Si los motivos para expandir sus fronteras, invadir y tomarse el *wallmapu*, fueron de carácter geopolíticos, geoeconómicos o ideológicos, o bien, una combinación de todos, lo fundamental para el presente ensayo es que la guerra sí adquirió su carácter de tal -irracional, violenta y depredadora- y no el mero trámite que, a decir de algunos militares que informaban desde el frente de batalla, no tenía más costo que las vituallas con las cuales se embaucaba a los indígenas<sup>13</sup>.

<sup>3</sup> *Comentarios del Pueblo Araucano: La Faz social* (Temuko, Chile, 30-V-1910).

<sup>4</sup> *Ngulumapu* son los territorios mapuche bajo actual soberanía chilena. El *Puelmapu* comprende las tierras que hoy pertenecen a la Argentina. Ambos espacios constituyen el *Wallmapu* o País Mapuche.

<sup>5</sup> Si bien los conflictos de los mapuche con la República son de comienzos de esta, es entre las fechas indicadas que el propósito de conquista desborda los escenarios puramente fronterizos y comienza a desplazarse al interior del ngulumapu, como también del *puelmapu* (por el ejército argentino) en un sentido que no tendrá retorno. 1885 sería el momento en que tras la “capitulación” del lonko sayweke del *País de las Manzanas* (actual Neuken) en *puelmapu*, la resistencia milita mapuche culmina definitivamente.

<sup>6</sup> Manuel Manquilef, *¡Las tierras de Arauco!* (Temuko, Chile, Imprenta Modernista, 1915).

<sup>7</sup> Leonardo León, *Maloqueros y Conchavadores en Araucanía y las pampas, 1700-1800*. (Padre Las Casas, Temuco, Chile: Ediciones Universidad de la Frontera, 1991).

<sup>8</sup> Raúl Mandrini; Sara Ortelli, *Volver al país de los araucanos* (Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana, 1992).

<sup>9</sup> Arturo Leiva, *La ‘Araucanización’ del caballo en los siglos XVI y XVII* (Anales de la Universidad de la Frontera, Temuco, Chile, 1981).

<sup>10</sup> José Bengoa, *Historia del Pueblo Mapuche siglos XIX y XX* (Santiago, Chile: Ediciones SUR, colección estudios históricos, 1985).

<sup>11</sup> Rolf Foerster, “La conquista en el ámbito mapuche”, *Tópicos* 90, I, n.º1, 1990, 33-42.

<sup>12</sup> Alejandro Lipschutz, *La comunidad indígena en América Latina y en Chile. Su pasado histórico y sus perspectivas* (Santiago, Chile: Editorial universitaria, 1956), comparó lo que hizo Chile con los mapuche como una “conquista en miniatura”. José Bengoa, *Historia del Pueblo Mapuche siglos XIX y XX* (Santiago, Chile: Ediciones SUR, colección estudios históricos, 1985), describirá con pormenores este hecho, hablando de una historia de la intolerancia hacia el mapuche. Este libro, que cita entre sus páginas al autor anterior, se ha convertido en un clásico de la historia de Chile sobre los mapuche.

<sup>13</sup> Sergio Villalobos, *Relaciones Fronterizas en la Araucanía* (Santiago, Chile: Ediciones de la Universidad Católica, 1982) ha sido uno de los historiadores que con más vehemencia ha justificado la conquista chilena del ngulumapu argumentando que la resistencia indígena no fue tal, toda vez que los lazos comerciales y los acuerdos de paz existentes, le daban a estos territorios una continuidad con las provincias chilenas del

El objetivo del presente ensayo es comprender el carácter que asumió la guerra en la frontera norte del *ngülumapu* entre los años 1860-1867 y que terminó estableciendo la línea del Malleko; así como conocer su impacto sobre la masa ganadera mapuche. Específicamente, se pretenden indagar los fines por los cuales fue expropiada la ganadería mapuche por los chilenos.

La hipótesis sostiene que la guerra hacia el mapuche, decidida tras un interés nacional, adquiere otras connotaciones en el nivel local que perfilan intereses y actores diferenciados de la política de estado. “Señores de la guerra” (particulares como militares) sacan partido económico acopiando el ganado mapuche tras fines de lucro.

La estructura del ensayo contiene un capítulo que sitúa en un marco interpretativo los hechos que busca describir e interpretar. Luego se detiene en los hechos mismos de la guerra que permiten captar en su contexto el fenómeno de la expropiación de la masa ganadera Mapuche. Finalmente se entregan conclusiones que pretenden discutir la hipótesis inicial.

### *Una sociedad ganadera*

“Sus campos bien cultivados y cercados, sus ganados gordos, la abundancia de fruta, de legumbres y de bebidas espirituosas, ofrecen con qué asegurar el bienestar de muchos pueblos que se tienen por muy avanzados en usos y costumbres”.<sup>14</sup>

En la descripción de los mapuche que Ignacio Domeyko hizo en su viaje del año 1845, él creía que aquellos aledaños al río Imperial, y entre este río y el Tolten, configuraban el centro de la “civilización araucana”. En el orden que adjudicaba a su economía, la ganadería y la agricultura eran preponderantes. Si reconstruimos estas características con otras fuentes primarias de la época, notaremos que la ganadería sí tuvo peso en el conjunto de actividades que ya no podríamos definir como de subsistencia, pues estos animales se tuvieron por miles. Vacunos, caballares, ovejunos y caprinos fue la moneda (*kullin*) en los intercambios (*trafkintun*). El *kullin* (animal en *mapudungun*) se reprodujo exitosamente (como baguales y/o cimarrones) en las pampas, valles y bosques del *Puelmapu*. Los *Puelche*<sup>15</sup>, como indica Raúl Mandrini, organizaron su vida material en torno al ganado.

“Los ganados, incorporados a partir del contacto con los europeos, jugaron un papel fundamental en la economía indígena que, en gran medida, dependía de ellos. La actividad ganadera y pastoril de los indios se organizó en torno a dos tipos distintos de actividades. Por un lado, se encontraban aquellas vinculadas con los rebaños que los indios mantenían cerca de sus tolderías para proveer a sus necesidades domésticas. Por otro, las que se relacionaban con la circulación y comercialización de ganados en gran escala que se habían convertido, ya a comienzos del siglo XIX, en el soporte de esa economía y en el sostén de la estructura social y política india”.<sup>16</sup>

---

norte del Bío-Bío. Posteriormente, se han lanzado otros marcos interpretativos del periodo en cuestión que, como Leonardo León, *Araucanía: la violencia mestiza y el mito de la “Pacificación”, 1880-1900*. (Santiago, Chile: Editorial ARCIS, 2005), relativizan el papel de la violencia militar en la conquista del *ngülumapu* sindicando como verdaderas víctimas de este hecho histórico a los grupos mestizos avocindados entre los mapuche, quienes perdieron su estatus, su patrimonio y fueron desconocidos por las leyes de colonización de los gobiernos chilenos. Cuestión que los indígenas no sufrieron al recibir títulos de propiedad (de merced, austral, etc.) que les mantuvo la tierra.

<sup>14</sup> Ignacio Domeyko, *Araucanía y sus habitantes* (Polonia: Edición de la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos, 1992), 107.

<sup>15</sup> Mapuche de esos territorios orientales.

<sup>16</sup> Mandrini & Ortelli, *Volver al país de los araucanos*, 53.

Esta circulación del ganado venía tomando cuerpo desde los siglos XVII y XVIII, consistía en la captura, traslado, acorralamiento y posterior comercialización en los puestos y mercados que estaban en sus fronteras (Antuko, Los Ángeles, Bahía Blanca, Carmen de Patagones), y en los *trafkintu* entre mapuche. Al *Willimapu* (Valdivia, Osorno, Llanquihue) llegaba el ganado por los boquetes cordilleranos de Villarrica y Panguipulli<sup>17</sup>. De allí salían los arrees hacia la costa, siguiendo el sentido del río *Troltren*, o se dirigían al sur por los valles lacustres y ribereños de Valdivia<sup>18</sup>. Esta actividad ocupó mucha mano de obra masculina.

De acuerdo a historiadores como Leonardo León, el siglo XVIII fue el tiempo que vio transformarse a los “épicos guerreros” de La Araucana en Maloqueros. Si bien estos maloqueros mantenían la resistencia al hispano-criollo, el elemento nuevo que aparecía en escena era su disputa por el interés creado que generaban las masas de ganados. Así se convirtieron en blancos de sus temidos *malones* las estancias y localidades fronterizas. Para los hispano-criollos y sus autoridades la imagen del mapuche no sólo transitaba de lo político (parlamentos) a lo militar, ahora se asomaba un rival económico cuyo espacio colindaba con las colonias de Mendoza, Córdoba, Buenos Aires y toda la frontera del Bio-Bío.

“Lo que se presenciaba en aquellos días era la transición de la Gran Guerra de Arauco hacia la nueva guerra del malón, consistente en asaltos sorpresivos, de corta duración y altamente destructivos, destinados a capturar el ganado vacuno y caballar de las estancias y las propiedades, instrumentos de hierro y mujeres que residían en los pueblos y villorrios de las fronteras. La guerra de los maloqueros era quizás menos heroica que la antigua guerra de los toquis, pero por su magnitud y periodicidad ponía en jaque la paz de la monarquía en el cono sur”.<sup>19</sup>

En el *puelmapu* no fue el *parlamento* (instancia de negociación política) lo que hizo respetar los límites y soberanías de cada cual. *Winka* y *Mapuche* delimitaron las fronteras del territorio haciendo uso del *malon*. Como consecuencia del ir y venir de este movimiento económico surgieron las *rastrilladas*, surcos dejados por el desplazamiento de masas ganaderas y jinetes que iban en todas direcciones; las más anchas y transitadas conducían al *ngulumapu*. Por las *rastrilladas* se hilaba la compleja trama del *país mapuche*.

Hacia el siglo XIX, como señala Bengoa<sup>20</sup>, la ganadería mapuche ya no era de subsistencia. Ésta, manejada en grandes cantidades, adecuaba aspectos de la estructura social y económica de antaño (como la relación de los *lonko* con sus *konas* y el reforzamiento de una poligamia ligada a quienes concentraban *kullin*) que mantenían en tensión la transición de antiguas formas de convivencia social hacia otras que dinamizaban la relación con el *winka*. Paz, comercio, intercambio, y el reforzamiento de la institucionalidad política del *parlamento*, eran más buscados que la guerra de rapiña.

#### *Motivación geopolítica y geoeconómica en la discusión parlamentaria*

Por lo visto, el efecto “refractario” que señala Arturo Leiva<sup>21</sup> en las relaciones fronteriza de la década de 1850, se dio también en el llamado “tiempo madre” de la historia de Chile, es decir,

<sup>17</sup> Jorge Rojas, *Malones y comercio de ganado con Chile. Siglo XIX*. (Buenos Aires, Argentina: El Elefante Blanco, 2004).

<sup>18</sup> Álvaro Bello, *Nampülkafe: el viaje de los mapuche de Araucanía a las pampas argentinas* (si más datos).

<sup>19</sup> Leonardo León, *Maloqueros y Conchavadores en Araucanía y las pampas, 1700-1800*. (Padre Las Casas, Temuco, Chile: Ediciones Universidad de la Frontera, 1991), 65.

<sup>20</sup> José Bengoa, *Historia del Pueblo Mapuche siglos XIX y XX* (Santiago, Chile: Ediciones SUR, colección estudios históricos, 1985).

<sup>21</sup> Arturo Leiva, *Angol 1862. El primer avance de la frontera*. (Temuco, Chile: Ediciones de la Universidad de la Frontera, 1984).

los mapuche no sólo toman posición -y masivamente al lado de la Corona- sino que los dividen también las pugnas criollistas de pipiols y pelucones, sumados a las montoneras de Benavides y los Pincheira. Esto nos muestra al actor mapuche, que tras sus propios intereses fueron sujetos que negociaron o enfrentaron a sus enemigos.

Para la República, en su periodo de organización, los mapuche constituían una nación al sur de sus fronteras difícil de obviar. Al contrario de lo que podría pensarse por el comportamiento posterior en la llamada “pacificación de la Araucanía” (1860-1885), algunos republicanos de los primeros tiempos dimensionaron la conformación de su país incluyendo a los mapuche en un tipo de relación política que excluía la posibilidad de un sometimiento militar. Así se hacía ver en las discusiones de la constituyente de 1826.

“Son chilenos porque nacen en Chile. Pero no son de los que habla el artículo porque no son de la nación a que es dada la Constitución. Más ésta jamás debe cerrar la puerta para cuando los indígenas quieran regirse por nuestras leyes, incorporarse a nosotros y adoptar ésta u otra Carta que en lo sucesivo se forme para constituir la República (...) Nada digamos pues si están o no comprendidos porque resultaría o excluirlos para siempre de ser chilenos naturales de nuestra República, o declararlos incluidos desde ahora. Lo primero no puede ser porque sería abandonarlos a sí mismos, exponer nuestra independencia e impedir esa incorporación de pueblos, que se hace no con poca frecuencia y gran bien de la humanidad. Lo segundo está en oposición a nuestros propios principios. ¿Cómo declarar miembros de nuestra sociedad, pueblos que no nos pertenecen? ¿Cómo obligar a los hombres a leyes en cuya formación no han tenido parte?”<sup>22</sup>

La clase política chilena de la post-independencia, continuó la política de *parlamentos* -que heredó de la administración colonial- con los Mapuche. Esto significaba concebir una frontera (río Bío-Bío) que reconocía dos soberanías y potestades. Se buscaba establecer una alianza tras una idea de unión política, aun no existiendo cierta centralización del poder y una uniformidad y estandarización del concepto ciudadanía. En Yumbel (1823) y Tapiwe (1825) se materializaron históricamente estos impulsos.

“18.- Los Gobernadores ó Caciques desde la ratificación de estos tratados no permitirán que ningún chileno exista en los terrenos de su dominio por convenir así al mejor establecimiento de la paz y unión, seguridad general y particular de estos nuevos hermanos. 19.- Haciendo memoria de los robos escandalosos que antiguamente se hacían de una y otra parte, queda desde luego establecido, que el Chileno que pase a robar a la tierra, y sea aprendido, será castigado por el Cacique bajo cuyo poder cayere; así como lo será con arreglo a las leyes del país el natural que se pillase en robos de este lado del Bío-Bío que es la línea divisoria de estos nuevos aliados hermanos. 20.- No obstante que la línea divisoria es el Bío-Bío el Gobierno mantendrá en orden y fortificadas las piezas existentes, o arruinadas al otro lado de este río, como también a sus pobladores en los terrenos adyacentes del modo que antes lo estaban.”<sup>23</sup>

Por otro lado, estaban quienes veían a los mapuche como una nación aparte de la chilena, ante la cual difícilmente se podía conseguir logros políticos por ser grupos tribales que no contaban con el “disciplinamiento” que imponía la vida en república. Por eso había que someterlos antes

<sup>22</sup> “El Constituyente. Sesiones XLIII y XLIV” (Casanova, 1999), 110. El nombre del diputado es ilegible en el texto.

<sup>23</sup> “Tratados celebrados y firmados entre el Coronel graduado de ejércitos de la República, Comandante de alta frontera y Delegado de la ciudad de Los Ángeles, Pedro Barnechea, Autorizado por el Sr. Brigadier de los ejércitos de Chile Gobernador Intendente de la provincia de Concepción para tratar con los naturales de ultra Bío-Bío y D. Francisco Mariluán Gobernador de 14 reducciones”. *Parlamento y Territorio Mapuche* (Concepción, Chile: Ediciones Escaparate, 2002), 82.

que sus vínculos con otras potencias crearan un escenario adverso. Los mapuche, para otros, tenían ejercicios cívicos y conciencia de los tratados, por lo que los procesos de incorporación debían ser de naturaleza política.

“Los indios han formado en todos los tiempos un Estado libre e independiente; ellos han reconocido nuestra emancipación, nuestros derechos, del mismo modo que nosotros los límites del territorio chileno. ¿Con qué razón tratamos de internarnos más allá de lo que prescriben los tratados de tiempo inmemorial entre nación y nación? Cosas que no se practican sino en naciones distintas y reconocidas. “Aunque los bárbaros no pertenecen a la República, de ninguna manera conviene que una potencia extranjera tome posesión de esos Estados”<sup>24</sup>.

Fue bajo gobiernos de inspiración liberal y federalistas que se concibió la idea de *parlamentar* con los mapuche. En ese periodo de tiempo, que la historia conservadora denominó “anarquía”, se dan los únicos intentos constituyentes en que el soberano fue el pueblo. No es coincidencia que en el periodo conservador que prosiguió a la batalla de Lircay (1831) se haya fraguado, especialmente en el gobierno de Montt (1851-1861), el plan de conquista militar que los gobiernos liberales posteriores terminaron consumando.

Para autores como Jorge Pinto<sup>25</sup>, juega un papel preponderante en la conquista del *Ngulumapu*, las crisis económicas por las que atravesaba Chile luego que a mediados de la década del 50 se cerraran los mercados de Australia y California. Tanto “el Mercurio” como “el Ferrocarril” insistían en la necesidad de ocupar la Araucanía, su intención era conectar la economía de Chile a los mercados del Atlántico.

Otros, como José Bengoa<sup>26</sup>, verán en estos impulsos expansivos del Estado chileno, la meta de atajar a las potencias que buscaban tierras y pueblos que anexar a sus imperios (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y demás países europeos). Desde sus orígenes la clase política chilena tuvo una comprensión confusa de los límites territoriales de su país, los que hacia el sur de la provincia de Santiago se extendían hasta el mismo estrecho. Más la presencia de Chile (heredado de la Colonia) al sur del río Bío-Bío eran unos cuantos fuertes, y sus entornos inmediatos, en determinadas zonas costeras de Valdivia y Chiloé.

A inicios de la década del sesenta del siglo XIX, las acciones militares estaban a punto de desplegarse en una fase ofensiva sobre los *Nguluche*<sup>27</sup>. Las razones económicas y políticas se entremezclaban con aquellas de índole ideológicas que oponía a la barbarie indígena la civilización chilena. Sin embargo, hubo una dimensión de este proceso que operó en ámbitos locales fronterizos, cuyos intereses eran más básicos y menos complejos, pero fundamentales en la comprensión del fenómeno general.

Como lo demuestra el historiador argentino Jorge Rojas<sup>28</sup> la sociedad chilena fronteriza del Bío-Bío se había hecho dependiente comercialmente de las masas de ganado que poseían los mapuche fruto de sus incursiones en *Puelmapu*. Una cadena de sujetos que iban desde el dueño del capital hasta el comerciante que, internado en la cordillera en sus periodos estivales, viajaba a realizar el intercambio que depararía aquella ganancia por la cual se habían

<sup>24</sup> Diputado José Gaspar Marín, “El Constituyente. Sesiones XLIII y XLIV” (Casanova, 1999), 118 y 144.

<sup>25</sup> Jorge Pinto, “La ocupación de La Araucanía a través de historiadores, novelistas, poetas y dirigentes mapuche”. *Investigando y Educando: Estudios para el análisis y la aplicación*. (Santiago, Chile: Lom ediciones, 2001).

<sup>26</sup> José Bengoa, *Historia del Pueblo Mapuche siglos XIX y XX* (Santiago, Chile: Ediciones SUR, colección estudios históricos, 1985).

<sup>27</sup> Mapuche del Ngulumapu.

<sup>28</sup> Jorge Rojas, *Malones y comercio de ganado con Chile* (Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Elefante Blanco, 2004).

endeudado. Si las estadísticas del periodo hacían ver que el negocio era a costa de mucho riesgo, su reproducción constata el interés creado que los mercados locales tenían respecto de la economía mapuche.

El mundo militar no estaba exento de este interés en las masas de ganado que poseían los mapuche, fueran *puelches*, *pewenches* o *nguluches*. La guerra contra el mapuche, decidida tras un interés nacional, adquiriría otras connotaciones en el nivel local perfilando motivaciones y actores diferenciados de la política de estado. “Señores de la guerra” (particulares como militares) sacaron partido económico del acopio del ganado mapuche tras fines de lucro, creando con esto un conflicto con los propios estancieros argentinos y sus gobiernos, quienes veían como sus ganados perdidos en *malones* se vendían en los puertos fronterizos del Bío-Bío.

“Llegamos ahora a la cuestión que explica todas las otras pues estamos ante el motivo del interés de los oficiales chilenos en captarse la adhesión de los naturales. El robo de ganado era fuente de importantes ingresos y es prácticamente seguro que toda la complicada maniobra a que hice referencia tuviera por único fin colocarse en una posición conveniente para lucrar.

La compra del ganado por los particulares chilenos se producía de dos modos. En algunos casos eran comerciantes que pasaban la cordillera, se allegaban a las tribus establecidas en territorio argentino y allí canjeaban la mercadería que llevaban por los animales que luego conducían a Chile; otras veces eran los propios indios quienes hacían los arreos y los vendían en los puertos fronterizos en el país vecino.

Es preciso subrayar que nos referimos a un negocio que, pese a su habitualidad, tenía todas las condiciones de sigilo y ocultamiento que caracterizan a la zona gris que existe entre lo que se puede exhibir sin inconvenientes y lo que es mejor hacer “a calladas”. Es por ello que los sucesivos tratos son difíciles de conocer: por ejemplo, el peaje que seguramente debía abonarse a las tribus ubicadas en la cordillera, los acuerdos con los capitalistas que habilitaban a los arriesgados mercaderes que se internaban en las tribus corriendo grandes peligros, los negocios con los compradores definitivos y, lo que más nos interesa, las comisiones y regalos que debían abonarse a las autoridades que benévolamente hacían la vista gorda o que cuidadosamente allanaban las dificultades del tránsito mediante las influencias que interponían en las tribus ubicadas en el trayecto de los arreos”<sup>29</sup>.

Los nombres de Domingo Salvo y José Antonio Zúñiga, uno militar y el otro guerrillero en su juventud, aparecen como oscuros personajes de estas redes económicas “no regulares” o informales, pero con poderes suficientes como para llevar a otros a la situación límite de la muerte. Mañil wenu, lonko Wenteché, denunciaba, ante el presidente Manuel Montt, a estos militares que sin honor mataban niños y ancianos, robaban la hacienda y huían como cobardes sin presentar combate.

“En noviembre llegó otro Intendente que llaman Villalon, y el día 24 en la noche se apareció en nuestras tierras trayendo mil hombres y mostrando cañones, y se les dejaron caer a los Mapuches, Bureano, Reinaquinos y Murchenos y les robaron todos sus animales, que no bajaría su número de nueve mil caballos, yeguas, vacas y ganado ovejuno, y les quemaron sus casas y llevaron cuanto encontraron en ellos, porque alcanzaron las familias que iban a esconderse en los montes. Los indios viejos y las indias que no pudieron llevar las degollaron como perros. El mismo Salbo hizo degollar un indio, y después de muerto pasó a la casa y se llevó el costal de prendas de plata que tenía el indio y el ganado que cargó al cogote de su caballo; se llevaron algunos cautivos para venderlos. Después se arrancó con todo el robo para

<sup>29</sup> Jorge Rojas, *Malones y comercio de ganado con Chile* (Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Elefante Blanco, 2004), 132 y 133.



Santa Bárbara.”<sup>30</sup>

La guerra, como fenómeno social y simbólico, se presentaba diferenciada para ambas sociedades especialmente en su organización y sus fines estratégicos, mientras los mapuche resisten y buscan parlamentar (negociar), en la coyuntura que nos toca investigar, el ejército chileno lo hizo para aniquilar y vencer (imponer). Cada uno de estos dos universos tiene sus subsistemas, sus pugnas internas y sus correspondencias a la hora de enfrentar retos comunes. Es lo que veremos en el lapso 1860-1867, que por ahora reconstruimos a través de fuentes oficiales del estado como son los informes que el ministro de guerra recibía y compilaba en archivos a los cuales podemos acceder hoy.

Se debe advertir al lector que si contemplamos la correspondencia de los mandos militares con el ministerio de Guerra y los informes de este al Estado, pareciera que las campañas que protagonizaban en el *Ngulumapu*, estaban concebidas como un acto de organización administrativa de un territorio que desde siempre les perteneció. Así establecían unilateralmente y de manera mesiánica un deber moral, civilizar al indio, relacionado a una misión de estado, ejercer soberanía haciendo uso de los recursos del *Ngulumapu* (tierra, bosques, minerales, etc.), y colonizándolo con población externa.

Siguiendo los pasos de Guha<sup>31</sup>, podemos identificar una “prosa de la contrainsurgencia” en los argumentos presentes en estas correspondencias, que ocultó y relegó al sujeto mapuche (y a sus aliados), de sus argumentos, motivaciones y juicios reales sobre lo que estaba sucediendo. Los “indios” fueron categorizados bajo términos como “Tribus sublevadas”, “Tribus salvajes”, “Tribus insurgentes”, “Indios enemigos”, “Indios ladrones”, “Tribus pacíficas”, “Reducciones rebeldes”, “Se revelan”, “Su desobediencia”, “Criminal rebelión”, “Los sublevados”. Ellos son quienes están detrás de actos de “Devastación”, de “Saqueo de haciendas”, haciendo práctica de “Instintos de pillaje y de barbarie”. Obviamente bajo ese prisma no encontraremos héroes, ni patriotas, ni valientes.

En esta prosa sus aliados también gozan de calificativos que si bien varían de connotación, impulsan el mismo prejuicio: “Rebeldes”, “Malhechores cristianos”, “Salteadores”, “Criminales”. Cuando los encuentran entonces pillan la “Guarida de los Facinerosos cristianos”. Los actos en que aparecen mencionados son los mismos “devastación”, “saqueo”. Etc. Por último, no hay que pasar por alto el lenguaje geopolítico (del cual se ha hecho tributaria la historiográfica chilena) mediante el cual se clasifican los territorios a incorporar como “Alta y baja frontera”; a sus moradores como “Indios araucanos e indios argentinos”; a sus territorios y litorales como “Costa de la Araucanía” o “Territorio indígena”. En la misma medida se retorna constantemente al marco moral y político de la gesta que se lleva a cabo sobre la población y los territorios conquistados “Civilizar” (en costumbres y hábitos), “Ocupar”, “Pacificar”.

En atención a esto –muy fundamental- es que aparecen entre comillas estos conceptos para nada neutros. Así como los etnónimos y georeferencias propias del mapudungun que ayudan a bosquejar un territorio y un pueblo preexistente al Estado.

#### *Relación de las acciones militares desde el ministerio de la guerra*

La conquista militar de los *Nguluche* tiene como uno de sus hitos el año de 1862, fecha en que el Estado chileno corre la frontera desde el *Bío-Bío* hacia el río *Malleko*, fundando el fuerte de

<sup>30</sup> Mangil Wenu, “Carta al Presidente de la República de Chile, Manuel Montt”, *Mapu*, 21-IX-1860”. En: Jorge Pavez, *Cartas Mapuche Siglo XIX*. (Santiago, Chile: Ocho libros – CoLibris, 2008), 321.

<sup>31</sup> Ranajit Guha “La prosa de la contrainsurgencia”. *Pasados poscoloniales* (México D.F.: El Colegio de México, Saurabh Dube coordinador, 1999).



Angol. Sin embargo, el conflicto militar entre ambas sociedades se había dejado sentir en suelo fronterizo con las guerras del 51 y 59 entre el gobierno de Montt y las fuerzas liberales del general -e intendente de Concepción- José María de la Cruz. Este último aliado con montoneros liderados por Bernardino Pradel.

En la ocasión los *Wenteche* (arribanos) y *Nagche* (abajinos) apoyaron a los “cruzistas”; los *Lafkenche* (costinos) de Tukapel y Cañete pelearon del lado “monttista”. Uno de los trasfondos de la década del cincuenta en la zona fronteriza del Bío-Bío, fue la infiltración de población chilena hacia territorio mapuche, vendiendo su fuerza de trabajo o arrendando tierras para sembrar o criar animales. Hubo quienes hicieron de los tratos de arriendo verdaderas compraventas, cuestión que provocaba a los mapuches y ponía en aprietos a gobernadores e intendentes, por prestarse tales situaciones a la discordia y a una inestabilidad que no deseaban. Lo significativo es que entre estos dos hechos, la guerra entre liberales/federales y conservadores/unitarios de los años 1851 y 1859, los *Mapuche* consiguieron erradicar nuevamente, al norte del *Bíobío*, a la población *winka* que se había asentado en sus tierras.

Los cruzistas fueron reprimidos por las autoridades triunfantes. El clamor de los fronterizos (monttistas) –siguiendo a Leiva<sup>32</sup>- era la reparación de los bienes perdidos. Las referencias al caso extraídas desde los documentos oficiales, establecen una relación estrecha entre los montoneros, que huyen y se esconden entre los mapuches, y los abajinos<sup>33</sup>. “Los indios y montoneros -se decía- arrasaban los campos, incendiaban las chozas y robaban los animales”<sup>34</sup>.

El 12 de noviembre de 1859 se informaba del ataque a Nacimiento efectuado por “indios y montoneros”. La defensa del pueblo que hizo un destacamento de cívicos con una pieza de artillería, no permitió a los primeros abatir a sus defensores, pero si lograron incendiar unas bodegas y retirarse con el ganado. Poco antes que finalizara ese mes, el comandante general de armas de la plaza de Arauco organizó una expedición de 1200 hombres que se internó en territorio mapuche para desbaratar a los grupos que habían sitiado Nacimiento. La expedición pasó por el punto denominado juntas de Bureo y se dirigió de allí a Micauquén.

En este lugar se tomaron algunos indios prisioneros, por los cuales pudo saberse la posición que ocupaban los revoltosos. Dirigióse sobre ellos nuestras fuerzas y poniéndolos en completa derrota, después de una ligera refriega, **les tomó gran cantidad de ganado tanto vacuno, cuanto caballar y lanar, fruto de sus anteriores correrías**”.<sup>35</sup>

Se señalaba que los animales fueron devueltos a quienes acreditaron debidamente su derecho de propiedad, quedando la restante –que no se especifica- para **la mantención de la tropa expedicionaria**. Por lo visto un objetivo era “recuperar” propiedad robada por “los rebeldes”. Luego de la destrucción de las sementeras y recursos que servirían al rearme “enemigo”, retornaron al norte del Bío-Bío.

<sup>32</sup> Arturo Leiva, *Angol 1862. El primer avance de la frontera*. (Temuco, Chile: Ediciones de la Universidad de la Frontera, 1984).

<sup>33</sup> Por *abajinos* (*nagche* en mapudungun) el ejército entendía a aquellos grupos que territorialmente ocupaban la franja oriental de la cordillera de Nahuelbuta hasta el centro de lo que hoy es la provincia de Malleco.

<sup>34</sup> Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1860, p. 150.

<sup>35</sup> Manuel García. Santiago 1° de julio de 1860. “Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1860”, p.151.

A principios de 1860 (6 de enero) se informaba que por ataques reiterados en la alta frontera<sup>36</sup>, el comandante general de armas de la plaza de Arauco organizaba una expedición que se mantendría por varios días abatiendo a los mapuche de Malleko, Kaillin, Pellenko y Mininko. En este último lugar, el día 10 del mismo mes “se enviaron partidas con distintos rumbos, las que regresaron en la tarde, **conduciendo ganado y algunos prisioneros** hechos en ligeras escaramuzas”<sup>37</sup>. Al siguiente día la expedición pasó al Renaiko y se encaminó de regreso a Kolwe llegando el día 13, donde dispersó a partidas de mapuche próximos al campamento. Luego continuó a Negrete, dejando parte del destacamento, para dirigir sus fuerzas hacia Los Ángeles.

Un mes más tarde (17 de febrero) era atacado Negrete por una partida de dos mil hombres, entre “indios y montoneros”, los que fueron repelidos por los defensores de esa plaza militar. Una semana después (24 de febrero) nuevamente la plaza de Negrete era atacada, aunque fueron derrotados nuevamente por los defensores. En el mes de marzo el comandante general de armas junto a 600 efectivos salió con dirección a Puren con la misión de restituir en su poder a un *lonko* aliado de las fuerzas militares y civiles chilenas. En la ocasión los enfrentamientos provocaron bajas en ambos bandos, aún así el ejército se hizo de un abundante botín en ganado “parte de este, vendido por orden del jefe, **costeó los gastos de aquella expedición**”<sup>38</sup>.

Cabe preguntarse a esta altura quiénes eran los que verdaderamente estaban perdiendo ganado con estas expediciones que el ejército organizaba contra la “alianza” ¿los montoneros?, difícilmente. En los informes oficiales a estos se los asociaba con grupos que se habían rearmado en los territorios mapuche luego que habían huido, dejando no solo la causa político-militar, sino también sus haciendas.

La dimensión del conflicto aquel año de 1860 se extendió por toda la alta y baja frontera del Bío-Bío. Así como se había hecho la campaña contra Nacimiento en noviembre de 1859, en la zona en que se emplazaba el fuerte de Arauco (baja frontera), *mapuches lafkenche* y montoneros hacían lo mismo contra esta plaza militar. Si bien fueron rechazados, volvieron a los pocos días (el 18 de noviembre) con más fuerzas, infringiendo bajas a los militares, pero siendo nuevamente repelidos. De acuerdo a las fuentes oficiales, el impulso de estos combates no parecía parar.

“El 21 del mismo mes numerosas montoneras volvieron al ataque de Arauco y fueron igualmente derrotadas cerca del río Carampangue (...) no sólo emprendían nuevos ataques, sino que devastaban las haciendas vecinas, entregando al saqueo los puntos que nuestros soldados no alcanzaban a defender”<sup>39</sup>

Con el refuerzo de un piquete de caballería venido de Los Ángeles, se inició una expedición “al interior” que terminó descabezando a los líderes montoneros e imponiendo a las agrupaciones mapuche la creación de cuatro jurisdicciones político-territoriales que, corriendo de norte a sur, establecía en cada una de ellas a un “cacique principal” con su respectivo capitán y ayudante. Los nombres de estos *lonkos* y sus jurisdicciones precisas los obtenemos de Tomás Guevara,

<sup>36</sup> El término Alta Frontera indica los lugares adyacentes al Bío-Bío de la provincia conocida hoy como Bío-Bío. La Baja Frontera involucraba los territorios correspondientes a la actual provincia de Arauco.

<sup>37</sup> Manuel García. Santiago 1º de julio de 1860. “Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1860”, p. 152.

<sup>38</sup> Manuel García. Santiago 1º de julio de 1860. “Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1860”, p. 152.

<sup>39</sup> Manuel García. Santiago 1º de julio de 1860. “Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1860”, p. 153 y 154.

extemporáneo a los hechos pero interesado en explicar el cese de la resistencia *lafkenche* a la expansión chilena.

“En 1859 y 1860 emprendieron operaciones de mayor trascendencia en compañía de algunos revolucionarios los caciques Namunkura, Antüwen, Antüllen, Trarupil, Kallfülao, Alkamañ, Payllaw, Waykiñir y Millan, de los lugares de Tukapel, Elikura, Tromen, Peleko, Nagalwe, Llonkao, Trürua, Yani y la Albarrada. Dominados por fuerzas del ejército, se sometieron desde entonces a una tranquilidad que no se interrumpió en lo sucesivo. Quedaron dominando cuatro caciques gobiernistas. Weramañ, desde el río Pülpülko hasta el Lewfü y desde el Tukapel hasta el Pangí; Mariñan, desde este río hasta la laguna de Nagalwe, que se une al Paykavi; Porma, desde este río hasta el estero de Antüküna; Lepin, desde éste hasta el Trürua. Estos cuatro jefes concurren más tarde, el 6 de octubre de 1862, a la fundación de Lewfü (Lebu), que aceptaron de muy buen grado”<sup>40</sup>.

Si bien en la costa el Estado conseguía establecer una frontera, que comenzaba en el estero Pülpülko y continuaba en el río Lewfu (lebu), al oriente de *Nawelbuta* la cosa era muy distinta. Los informes militares al respecto proponían avanzar en 60 kilómetros la frontera del Bío-Bío para situarla sobre el río Malleko. Esto con el fin de salvaguardar la propiedad de aquellos que, a través de “compraventas”, habían adquirido títulos. Por otra parte, dar seguridad a los agricultores del norte del Bío Bío que cada vez que estallaba la guerra, debían abandonar sus siembras.

En su cuenta del año 1861 el ministro de la Guerra informaba que en octubre de 1860 se habían protagonizado enfrentamientos entre mapuche en la zona de la baja frontera, la misma que habían “apaciguado” luego de imponer una división administrativa de cuatro secciones<sup>41</sup>. Imposibilitados de apoyar a sus aliados *lafkenches* con las guarniciones del fuerte de Arauko, se resolvió enviar tres expediciones al interior de los territorios mapuche. El 6 de enero partían dos de estas columnas, una por la franja oriental se desplazaba al pie de la precordillera andina hasta el río Malleko. La segunda lo hacía desde los Ángeles hasta los llanos de Purén. La tercera partía de la plaza de Arauko hacia el sur, atravesando la cordillera de Nawelbuta para arribar a Purén.

Los impactos militares de esta triple campaña fueron escasos, el “enemigo” no se apareció al frente. Por los costados y la retaguardia la vieja táctica mapuche trataba de desgastar la superioridad bélica chilena. Políticamente tampoco tuvo mayor alcance pues, como lo explicaba el ministro, se hacía necesario establecer tratados con los “indios”, especialmente si estos evidenciaban que el ejército se venía a instalar como ejército de ocupación.

En la relación de este propósito frustrado encontramos una posible explicación a las campañas de depredación, saqueo y obtención de botín por parte de los militares: la apropiación de alimento para hacer la campaña sustentable en el tiempo... pero ¿acaso esto no lo manejaba el alto mando, es decir, la ecuación “invertir para hacer la guerra”?

“Los indios, además, no solo huyeron delante de ellas, para guarecerse en las más escarpadas montañas, sino que también habían quemado los pastos que hubieran podido ocuparse para la caballería del ejército, por lo cual los sacrificios pecuniarios habrían aumentado considerablemente, imponiendo al erario desembolsos que los arreglos no podrían remunerar de ningún modo. Estas consideraciones hicieron regresar a nuestra tropa, **después de destruir**

<sup>40</sup> Tomás Guevara y Manuel Mañkelef, *Kiñe mufü trokiñche ñi piel. Historias de familias. Siglo XIX*. (Temuco, Chile: CoLibris / Liwen, 1912), 30.

<sup>41</sup> Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1861.

## los recursos con que contaban los indígenas para volver a invernar en aquellos puntos y de arrebatarles considerable número de animales, que han costado en parte los gastos de la expedición”<sup>42</sup>

Una aproximación no castrense a los impactos públicos que causó dicha campaña militar la encontramos en medios escritos como *El Mercurio* de Valparaíso, órgano de difusión que por lo visto vibraba con este tipo de victorias, avalando la destrucción material del enemigo y la obtención de botín por parte de los militares. Es lo que leemos de la redacción de las noticias a muy poco tiempo de consumados los hechos, hechos que se entienden dentro de un objetivo supremo: la conquista del Ngulumapu.

“Les quemamos a los indios todas las rucas y el trigo que encontramos, lo cual no fue poco. La única guerra posible con estos bárbaros, y que da resultados seguros, es la destrucción de sus recursos. Las cosechas perdidas nos prometen una paz durable dentro de poco, y quizás los indios pidan la paz antes del invierno”.<sup>43</sup>

Dos semanas más tarde, el mismo periódico entregaba algunas cifras sobre la magnitud que había tomado la política militar de “campo arrasado” y de botín ganadero.

“Se calcula que tan solo la división del comandante Salvo quemó 5.000 fanegas de trigo. **El ganado tomado a los salvajes se eleva a aproximadamente a 80.000 cabezas**”.<sup>44</sup>

Los diarios fronterizos y también capitalinos, hacían comentarios sobre los verdaderos fines que planteaban las acciones punitivas del ejército. El mismo *Mercurio*, menos eufórico, hacía algunas interrogantes sobre la acción militar, especialmente para ser juzgadas ante el fin último que era el sometimiento mapuche.

“¿Por qué 7.000 hombres aguerridos y bajo el mando de buenos oficiales no han podido, hasta la fecha, lograr nada notable contra hordas salvajes sin táctica y carentes de todo? [...] ¿Las fuerzas de la República son menos numerosas, menos disciplinadas, menos valientes que las tropas españolas que conquistaron todo el territorio que poseemos e incluso parte del que ocupan los araucanos? No podemos ni debemos rebajar el mérito del soldado chileno, valiente en el cansancio, terrible en la batalla: pero entonces, ¿por qué esas indecisiones, esta guerra sin resultados, sin bien y sin victoria? **¿Las hazañas militares de nuestras tropas consistirían, por ejemplo, en hacer prisioneros algunos animales? ¿No es algo risible, ridículo, el comunicado en que nos informa de eso? ¿Queremos hacer vandalismo y explicar así las operaciones de nuestro ejército cuando roba algunos animales?** ¿Los batallones de la República son acaso hordas de gabachos que buscan el pillaje? ¡No se entiende nada de los resultados de esta campaña, cuando éstos son tan mínimos, tan tristes, tan miserables, tan vergonzoso!”<sup>45</sup>

La denuncia del robo de animales era puesto en discusión pública por sectores de la sociedad que estaban más interesados en la “presa” que en el “acompañamiento”. Medios como “la Discusión” de Concepción asociaban directamente los magros logros militares y los abundantes bienes expropiados a los mapuches, con los intereses de los *señores de la guerra*. Algunos de estos, grandes acaparadores de tierras y de hacienda ganadera, como sucedía con el General Cruz de Concepción.

<sup>42</sup> Manuel García. Santiago 11 de junio de 1861. “Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1860”, p. 442 y 443.

<sup>43</sup> Extracto de *El Mercurio*, Valparaíso, 11 febrero 1861.

<sup>44</sup> Extracto de *El Mercurio*, Valparaíso, 26 febrero 1861.

<sup>45</sup> “Guerra en Araucanía”, *El Mercurio*, Valparaíso, 23 febrero 1861.

Se debe recordar que desde la conquista del continente<sup>46</sup>, y de eso no escapó la gobernación de Chile, existió una imbricación entre intereses geoeconómicos con los de tipo geopolíticos, es decir, estos últimos en su dimensión estrictamente militar consumados en el acto de conquista, fueron creando sujetos que acrecentaron sus riquezas haciendo del arte de la guerra su negocio, tanto en su dimensión logística (apertrechamiento), como en lo estrictamente orgánico, organizándola y hasta siendo parte de las estructuras regulares de los ejércitos.

El carácter del ejército de la frontera luego de consumada la independencia de los patriotas, dista mucho del ejército regular convencional para su época. Un ejemplo es que, como bien lo señala Gabriel Salazar en su defensa del general Freire<sup>47</sup>, O'Higgins se hizo de una reputación militar coordinando los cuerpos de milicias, que en parte lo formaban sus propios inquilinos, es decir, no venía de una academia militar. La regularización de un cuerpo armado es un proceso de muchas más décadas, no más piénsese en las guerras que mantuvieron cruzistas y montistas. El que se haya definido la contienda a favor de los últimos no significó dejar de lado las prácticas y la tradición miliciana fronteriza, la cual iba de la mano con los intereses económicos de los grandes hacendados. Quizás ahí encontremos el trasfondo semántico del calificativo "señores de la guerra" que acuñan las editoriales de algunos periódicos fronterizos.

En carta enviada al periódico *la Discusión* de Concepción y reeditada por *el Mercurio* de Valparaíso, podemos leer:

"¿Quién ganó la guerra que acaba de terminar? Los indios, pues antes de la guerra la población chilena ocupaba una superficie de varias leguas al sur del Bío-Bío, en la Alta Frontera, y algunas leguas al sur de Arauco, en la Baja Frontera. Ahora los indios son dueños de todo el territorio hasta el Bío-Bío en sus partes alta y baja. Perdemos por lo tanto una considerable superficie de tierras que, antes de 1859, estaban ocupadas por chilenos y medianamente cultivadas. ¿Cuáles han sido los resultados de los enormes sacrificios que ha tenido que hacer el país para financiar un ejército tan numeroso? ¿Cuáles eran los objetivos de esas expediciones que han causado tantas víctimas? **Acaso eran asolar los campos, incendiar las rucas, las cosechas, y llevarse los animales de los indios, para que se enriquezcan los jefes de estas expediciones...** ¡Cuanta barbarie! ¡Cuanta inhumanidad! Se comenta que se reducirá el ejército, lo que significa que la frontera seguirá en el mismo estado actual, es decir avanzada no en nuestro favor, sino que en favor de los indios. Hasta allí no más llegaron las promesas de los mensajes del Presidente de la República pidiendo facultades especiales para hacer la guerra contra los indios".<sup>48</sup>

Hacia mediados de 1862, el ministro de Guerra Manuel García hacía ver lo infructuosas que resultaban las campañas militares al no disponer de la suficiente tropa y recursos para solventarla. A través de informes que se recababan sobre la situación fronteriza y consultando al cuerpo de generales con experiencia en la zona, se reafirmó la "vocación pacífica" de extender la frontera en lo que denominaron "campaña ultra Bío-Bío". Para ello se convocó a *parlamentar*<sup>49</sup> a los mapuches fronterizos en el pueblo de Nacimiento. Las razones de Estado eran claras: los mapuches debían comprender que los fuertes que se construirían del lado sur del Bío-Bío se harían para resguardar a la población chilena y su propiedad de posibles ataques o levantamientos futuros.

<sup>46</sup> Néstor Meza, *Estudios sobre la Conquista de América*. (Santiago, Chile: Editorial Universitaria, 1981).

<sup>47</sup> Gabriel Salazar, *Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los "pueblos" militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*. (Santiago, Chile: Editorial Sudamericana, 2005).

<sup>48</sup> Extracto de una carta publicada en: *La Discusión*, Concepción, 29 abril 1861. Reed, en: *El Mercurio*, Valparaíso, 9 mayo 1861.

<sup>49</sup> Por *Parlamentar* se entendía el encuentro político en que ambas autoridades, las del pueblo mapuche y el estado chileno tomaban acuerdos. Esta provenía de los gobiernos coloniales y de los inicios de la república.

“Pero, sea cual fuere su decisión respecto a la línea que deba elegirse para resguardar las vidas e intereses de los nacionales civilizados, **siempre tendrán por bases sus operaciones los arreglos pacíficos con los indígenas, a quienes no trata el gobierno de reducir ni exterminar, despojándolos de sus propiedades**, sino de civilizar gradualmente, poniéndolos en contacto con nuestras poblaciones, en las cuales se tomarán todas las medidas conducentes a establecer entre los pobladores civilizados y los indígenas, relaciones basadas en la honradez y el respeto de los derechos de cada cual”.<sup>50</sup>

Por lo visto para estas autoridades no había cuestionamiento a la forma como se adquirirían esas propiedades. El gobierno adquirió en Valparaíso la logística necesaria (elementos de carpintería y techos) para construir fuertes una vez conseguido el consentimiento Mapuche en el “parlamento” en cuestión. Sin embargo, estos aduciendo desconfianza a las pretensiones de congregarlos a parlamentar, no se hicieron presentes.

Para no detener su política expansiva, el gobierno ordenó reconstruir la plaza de Negrete y levantar un fuerte (Mulchen 1861) en la confluencia de los ríos Mulchen y Bureo. Su misión sería entregar protección a la serie de campesinos chilenos que, con el levantamiento del año 1959, habían visto desaparecer su trabajo agrícola-ganadero para refugiarse en las montañas vecinas.

Por lo que informaban las fuentes “oficiales” no había resistencia a estas fundaciones. Mulchen (1861), Angol (1862) y Lebu (1863) hacían su aparición histórica sin mayor costo. Todo hacía ver, para el estado mayor, que la estrategia de negociar iba dando resultados relativos, pero ¿se estaba verdaderamente negociando? Quienes, por parte de los mapuche, caían bajo el amparo de las autoridades chilenas, de a poco iban sintiendo la esquilma de sus bienes. El historiador Jorge Pinto<sup>51</sup> describió este fenómeno, citando a Horacio Lara, cronista presente en la fundación de Angol.

“era verdaderamente penoso presenciar los llantos y exclamaciones de dolor de las mujeres araucanas al ver que se instalaban nuestros soldados en sus posesiones de donde huían despavoridas a los bosques”<sup>52</sup>.

Las correspondencias de los militares se lo hacían saber al ministro de Guerra. En especial les llamaba la atención el que los mapuche no tuvieran a quien acudir sino tan sólo a la autoridad del Intendente, el cual estaba imposibilitado de hacer justicia, por existir instancias responsables, pero inútiles para la población indígena. La idea de algunos militares era contar con un protector de indígenas que descentralizara sus funciones en el territorio a través de otros potentados bajo su mando, revitalizando a funcionarios coloniales como los “comisarios de naciones” y “capitanes de amigos”, construyendo de esta manera institucionalidad que cupiera en un estado de derecho que adolecía de instrumentos que hicieran las salvedades entre la población “civilizada” y la indígena.

“La administración de justicia en asuntos que conciernen a indígenas mantiene siempre embarazadas a las autoridades administrativas. **Casi diariamente se cometen despojos de terrenos de indígenas**, y la primera autoridad a la que estos acuden pidiendo justicia es el

<sup>50</sup> Manuel García. “Memoria que el Ministro de Estado en el Departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1862” Santiago, junio 3 de 1862, p.18.

<sup>51</sup> Jorge Pinto, “La ocupación de La Araucanía a través de historiadores, novelistas, poetas y dirigentes mapuche”. *Investigando y Educando: Estudios para el análisis y la aplicación*. (Santiago, Chile: Lom ediciones, 2001).

<sup>52</sup> Horacio Lara. “*Crónica de la Araucanía*”. Imprenta el progreso, Santiago (1889: 256). Citado en Jorge Pinto, “La ocupación de La Araucanía a través de historiadores, novelistas, poetas y dirigentes mapuche”. *Investigando y Educando: Estudios para el análisis y la aplicación*. (Santiago, Chile: Lom ediciones, 2001).

Intendente o al Gobernador respectivo; pero ¿Qué pueden hacer estos funcionarios en obsequio de los reclamantes? Manifestarles que son impotentes para decidir sus cuestiones, dirigirlos a la justicia ordinaria donde no se les oye verdaderamente y donde sus bienes se hacen ordinariamente la presa de los que intervienen como patrocinantes o representantes. **Las funestas consecuencias de este orden de cosas saltan a la vista y se hace necesario proveer su extirpación**<sup>53</sup>

El tema de la guerra, especialmente del qué hacer con los territorios y las gentes una vez dominados militarmente, nos bosquejan otro tipo de preocupaciones militares que no eran el botín del vencido, sino la situación jurídica en que iban quedando estos. Sin embargo, una de las consecuencias descritas por los militares fue la emigración forzada que debieron emprender las víctimas de la guerra hacia zonas de refugio en otros lugares del ngulumapū<sup>54</sup>. Estos segmentos de la sociedad mapuche puestos en una situación límite, debieron resistir la conquista que se cernía y enfrentarla hasta el punto de negociar en pro de contener el genocidio. Miles de familias que huyen con lo puesto y con aquella parte de la hacienda que lograron poner a salvo del botín que hacían de ella los militares.

Algo ya no será como antaño, esta vez no hay negociación ni protocolos que sancionen acuerdos bilaterales. Lo que se oirá en los espacios destinados al encuentro, son los soliloquios de una de las partes: la chilena, que esta vez tiene ventajas tácticas que iban estratégicamente definiendo a su favor los resultados de la guerra.

Los mapuche no concibieron durante esos años aciagos, pero tampoco en los siglos precedentes, un estado mayor para la guerra. Su estrategia consistía en hacer de sus espacios de ocupación los escenarios bélicos por los cuales buscaban no el aniquilamiento del enemigo, sino su agotamiento mediante tácticas de desgaste (atacando los costados y la retaguardia; coartando las bases de apoyo logístico, quemando pastizales y dispersando las caballerizas del ejército) que buscaban como fin estratégico generar escenarios para tratativas de corte político, los *parlamentos*<sup>55</sup>.

Hacia 1865 el nuevo ministro de la Guerra José Manuel Pinto revelaba en su cuenta anual el espíritu ofensivo de su administración, al concebir la necesidad que revestía para el estado chileno el cortar los cuatro pasos que mantenían los mapuche hacia el *puelmapu* (Villarrica, Llaima, TrasTras y Lonkimay). Estos lugares no sólo eran las conexiones de las *rastrilladas* pampinas con los caminos del *ngulumapu*, sino los espacios que procuraban la circulación de bienes, mercancías y el anhelado *Kullin*.

“Cerrados los expresados boquetes y pasos, y estando bajo la vigilancia de nuestras autoridades los de Antuco, Chillán, etc. Quedarían incomunicados los indios araucanos de los argentinos y el territorio de los primeros quedaría del todo sometido a la acción de nuestras leyes. Esta medida, realizada, influiría poderosamente en el ánimo del indio, pues en el caso de ser atacado por nuestras fuerzas **no contaría ya con el recurso de la fuga ni tendría en**

<sup>53</sup> Comandancia General de Armas. Los Ángeles, junio 25 de 1864. Memoria que el ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1864, p.33.

<sup>54</sup> En la actualidad la reconstrucción de historias genealógicas en distintas zonas de la costa hablan de migraciones que llegaron a los campos del actual Cautín, provenientes de lo que se conoce hoy como provincia de Arauko. Las zonas precordilleranas de Lonkimay fueron por lo visto el refugio de aquellos wenteche que huían de las razzias que hacía el ejército.

<sup>55</sup> Si bien las fuentes de que disponemos no nos dicen más respecto de lo que pasaba al interior de los mapuche se hace imperioso reconstruirlas en futuras investigaciones.



**donde salvar los ganados. Cosa que obraría en su espíritu de una manera muy eficaz, pues es sabido el grande apego que el indio tiene a sus haciendas”.**<sup>56</sup>

Durante ese año las noticias de un “alzamiento indígena” recorrían la frontera. El ministro de guerra informaba de los procedimientos utilizados para que los mapuche aceptasen y reconociesen a las autoridades chilenas como las suyas. Un efecto esperado era que los conflictos entre parcialidades debían someterse a jurisdicción de un subdelegado en este tipo de materias, aunque manteniendo los *lonko* independencia en la aplicación de justicia entre miembros de un mismo *lof* o reducción. En estas continuas juntas con los Mapuche, se pretendía sellar un tipo de alianza para la protección mutua frente a enemigos comunes externos (como España) y grupos rebeldes internos (como los *wenteche*), pidiéndosele expresamente traspasar información sobre movimientos de hombres en armas entre ellos.

Sin embargo, en la misma medida que se iban construyendo fuertes militares en la línea del Malleko los choques con los intereses mapuche se hacían menos manejables, por lo que las intenciones de “ocupación pacífica” comenzaban a adquirir el cariz de invasión y conquista violenta. Entre las acciones de escarmiento que eran justificables, el botín del ganado era uno de los grandes propulsores del conflicto. Con fecha 29 de diciembre de 1865<sup>57</sup> se informaba de un robo de 300 animales vacunos en los alrededores de Mulchen por grupos de mapuche y chilenos; las víctimas del posterior escarmiento fueron tan sólo los mapuche. No se revela la identidad de esos chilenos, quedando bajo los calificativos de facinerosos y delincuentes.

Entre las razones resumidas por el Ministro, que explicaban la espiral bélica que recorría los territorios fronterizos, estaban los asaltos y robos sobre el fuerte de Angol, las noticias sobre una coalición mapuche para atacar la frontera; y el estado de alarma en que vivían los colonos instalados entre el Bío-Bío y el Malleko. Lo anterior terminó justificando una nueva expedición militar, esta vez compuesta de mil efectivos. El comandante en jefe del Ejército del Sur, reclutaba buena parte de la fuerza cívica, mientras otros se enrolaban voluntariamente tras la expectativa del botín que se harían entre los “indios enemigos”<sup>58</sup>.

Una vez concentradas estas fuerzas en Angol se dirigieron al lugar denominado Chiwaiwe y posteriormente hasta Kolliko. No causaron ningún efecto sorpresa, tampoco ninguna partida salió a hacerles frente. Los tres muertos y heridos se contaron tan sólo del lado mapuche. Lo que viene después en el informe es lo ya conocido.

“El jefe de la expedición viendo la imposibilidad de dar alcance a los indios, ordenó la vuelta, trayendo los animales quitados a los indígenas que favorecían y apoyaban a los malhechores. **La mayor parte del ganado pertenecía a individuos que han acreditado su propiedad y a quienes por consiguiente se ha devuelto”.**<sup>59</sup>

Luego se complementa lo anterior con un hecho militar recurrente en la década del sesenta, la presentación del fracaso militar:

“Aunque la expedición no obtuvo el resultado que se propuso, cuál era el castigo de las tribus sublevadas, no por eso ha sido infructuosa. Ello ha hecho comprender al indígena, que a pesar

<sup>56</sup> José Manuel Pinto. Santiago, julio 1º de 1865. Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso nacional de 1865, p.10.

<sup>57</sup> Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1865.

<sup>58</sup> José Manuel Pinto, Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1866.

<sup>59</sup> José Manuel Pinto, Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1866. José Manuel Pinto. Santiago, agosto 25 de 1866, p.28.

de hallarnos comprometidos en una guerra, siempre contamos con la fuerza suficiente para contener y castigar sus depredaciones”.<sup>60</sup>

Mientras que en la “alta frontera” la guerra estaba declarada, en la costa en enero de 1866 se fundaba el fuerte de Kidiko. En la relación hecha por Cornelio Saavedra, se delineaba el propósito geopolítico de controlar los espacios marítimos para obstaculizar el restablecimiento de una alianza hispano- mapuche y mantener controlados los movimientos al interior del *Ngulumapu*. Un fuerte en Toltén se veía como pieza clave de esta política y un complemento estratégico en la línea de fuertes costeros.

“Los trabajos realizados nos darían por completo el dominio de la costa de la Araucanía y las ventajas que he relacionado antes, si el supremo gobierno aceptase la idea que he tenido el honor de proponerle, de establecer una guarnición militar en la desembocadura del río Toltén, **operación que no ofrece mayores dificultades ni grandes costos al erario nacional**. En cambio tendríamos incorporado al resto de la república ese extenso litoral que hace hoy día difícil su tráfico por las depredaciones de las tribus salvajes; y además, las diversas plazas de esta costa servirían como centros de operación sobre el territorio indígena, cuando se trate del completo dominio de la Araucanía”<sup>61</sup>

Desde la comandancia General de Armas de Arauco, Basilio Urrutia desechaba las prácticas de agasajos a los *lonko* mapuche, por no evitar su sosiego ni su resistencia. La señal que emitían las autoridades hacia la sociedad indígena no debía ser el temor sino la benevolencia, había que prepararse para recibirlos con comida cuando se aproximaban a los cuarteles buscando aprecio y protección. “La benignidad con los buenos y la pronta represión del rebelde” concluye en su escrito del 27 de marzo de 1866, sugiriendo al ministro de la Guerra impulsar la construcción de nuevos fuertes, que cortasen al mapuche su acceso a los territorios al norte del Malleko. Esta sería la línea del Malleko.

Lo anterior se hacía como respuesta a los supuestos preparativos de ataques que se anunciaban de parte de los *lonko wenteche*, en momentos en que las guarniciones militares estaban escasamente preparadas para contenerlas. Se pedía invertir y poner hombres de las fuerzas cívicas en guardia permanente para contener a Külapan<sup>62</sup> y los demás jefes. La política de conferenciar no tenía sentido para estos últimos, las cosas se estaban poniendo muy malas para el ejército de ocupación, así lo hacía ver Basilio Urrutia en carta dirigida al ministro con fecha 25 de septiembre de 1865.

Con fecha 12 de septiembre del mismo año, el subdelegado de Angol informaba del movimiento de hombres en armas que había entre los principales *lonkos* mapuche, identificando a Külapan, Catrileo y Trintre<sup>63</sup>. Se trataba de un “alzamiento general” en que los *puelches* atacarían los poblados de Chillan, Antuco y Santa Bárbara; Külapan lo haría sobre Mulchen y Katrileo sobre Angol. Sin embargo, como lo explicaba don Juan Kallfukura a principios del siglo XX, no pudieron conseguir la ayuda *puelche*.

---

<sup>60</sup> José Manuel Pinto, Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1866. José Manuel Pinto. Santiago, agosto 25 de 1866, p.28.

<sup>61</sup> Cornelio Saavedra. Lota, junio 10 de 1866. Al señor Ministro de Guerra, p.46. En: Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1866.

<sup>62</sup> José Santos Külpan fue hijo de Mañil Wenu, destacado lonko de los wenteche durante el segundo tercio del siglo XIX.

<sup>63</sup> El detalle del plan lo había entregado entre gallos y medianoche un “indígena” que pedía no ser identificado.

Külaweke, Montrü ka Külapang kiñe rupa ta noyngün ta Arkenntinu mapu ta ñi awkayael nome mapu mew. Fentren kona ta yeyngün üyew. Puwürkeyngün ta Chadilewtü mew.

Pu chadiche ta may pilayngün ñi kelluaetew. Fey wüñotuyngün ta Chile mapu mew ta ñi wüño kewayael ta ñi mapu mew.

Külaweke, Montrü y Külapang se trasladaron un año a la Argentina a sublevar a los mapuche del otro lado. Llevaron una buena partida de mocetones. Llegaron a Chadilewfu.

Los chadiche no quisieron acompañarlos. Entonces volvieron a Chile a seguir defendiendo sus posesiones.<sup>64</sup>

Con el paso de los días este movimiento militar no se desplegó, lo que no mermó los trascendidos al respecto. Basilio Urrutia instruyó al subdelegado de Angol con el fin de convocar a los *lonkos* a informarse, pero sobre todo a adoptar una posición de aliados en la guerra con España. Su interés principal era entrevistarse con Külapan en Nacimiento. Ante la negativa del líder *wenteche*, envía a sus *mapus* una delegación civil que entre otras cosas le propuso al lonko ser nominado “cacique general”. Cuestión que no prosperó en la deliberación y consulta de las autoridades de esta parcialidad.

La situación no estaba bajo control para los militares, estos desconfiaban de sus “aliados” *nagche*, los *lonko* Katrileo y Pinolevi, los cuales habían acudido al llamado del Intendente, en Los Ángeles, para expresar sus coincidencias. Las desconfianzas se basaban en el involucramiento de estos en los rumores de “alzamiento general”.

En diciembre de 1865, Basilio Urrutia informaba al Ministro de la Guerra del robo a Luis Benavente de 300 vacunos y caballos en Mulchen. La persecución del grupo -integrado por mapuche y chilenos-, pudo recuperar la totalidad de los animales, muriendo 12 miembros del ejército y las guardias cívicas. La posterior excursión al mando de Pedro Lagos, terminó retornando animales que pertenecían a otros afectados.

El jefe máximo de las fuerzas militares a finales del 1865 palpaba una “actitud tranquila y benévola” en los “caciques” con más ascendencia sobre el resto, como Külapan, Naweltripay y Wenchuman. Para él *los pocos* que presentaban ánimos hostiles eran dirigidos por “malhechores cristianos” asilados entre “indios de poca consideración”, figurando entre estos últimos el cacique Pinto<sup>65</sup>. En contra de ellos se organizó una expedición que más que “apaciguar” la situación, la terminó tensando.

“Ambas fuerzas deben juntarse mañana a las cuatro de la madrugada en Chiguaihue, asiento principal de la rebelión y guarida de los facinerosos cristianos, y emprender desde allí unidas la persecución y el castigo de las tribus insurgentes. Todas las fuerzas de caballería cívica mencionada excepto el piquete del escuadrón n°1 de este departamento **marchan a la expedición voluntaria y gratuitamente, sin más expectativas que la repartición del botín**”

<sup>64</sup> Tomás Guevara y Manuel Mañkelef, *Kiñe mufü trokiñche ñi piel. Historias de familias. Siglo XIX*. (Temuco, Chile: CoLibris / Liwen, 1912), 76.

<sup>65</sup> A finales de febrero de 1866 Basilio Urrutia comunicaba al ministro de la Guerra, de la acción emprendida por el comandante de armas de la plaza militar de Angol, en contra del *cacique* Pinto en las tierras de Chiwaiwe. Las autoridades chilenas, tanto civiles como militares, se habían dateado que éste se encontraba con una partida de 10 bandidos chilenos –entre ellos Juan Hinojosa y otros “salteadores”- planeando atacar los campos vecinos. Se envió en su contra una partida de 55 hombres entre infantes y caballería al mando del Teniente Cuadra, a estos se agregaron algunos vecinos. En la madrugada del 20 de febrero se dejaron caer sobre la *ruka* que le habían indicado, pero no encontraron a nadie. Una vez atrapados algunos lugareños y hechos hablar, se dirigieron al lugar donde supuestamente se refugiaban los “malhechores”, sin embargo, la acción se redujo a procurarse un botín y a hacer frente y castigar a quienes defendían su patrimonio.

**que se hiciere entre los indios enemigos, la cual les he prometido para evitar gastos al Erario nacional, esperando que el Supremo Gobierno se dignará ratificar esta promesa”.**<sup>66</sup>

El 18 de noviembre de 1865 el teniente Pedro Lagos detallaba a Basilio Urrutia la campaña emprendida al mando de mil hombres. Solo procuraron botín, quemaron las sementeras, advirtieron a la población de futuras esquilmaciones si albergaban revoltosos, y obtuvieron información sobre una alianza *wenteche-williche* que atacaría en enero las comarcas al norte del Renaiko.

“Todo el tiempo de la campaña que termina hoy se ocupó la división en castigar únicamente a los indígenas que favorecen y apoyan a los cristianos malhechores, destruyendo sus habitaciones y sementeras y tomando sus haciendas. **El botín ha sido tan reducido que apenas ha bastado al sostenimiento de la división y a una retribución muy limitada a los trabajos de los individuos que la componían, pues casi todos los animales traídos a esta plaza tienen marcas que usan los hacendados cristianos, de los cuales muchos se han presentado ya reclamándolos”.**<sup>67</sup>

¿Pero acaso los Mapuche no usaban marcas para sus animales? Pudo existir algún tipo de confusión u ocurrir lo que señalaba Mañkelef en la cita inicial de este ensayo, es decir, se les marca al momento que se les acorrala ¿Por qué tanto entusiasmo de los cívicos de “acaballo” en expediciones militares punitivas que sólo rescataba botín? Esos animales arreados y hechos pasar como robados por los mapuche ¿no podían ser frutos del comercio?<sup>68</sup> Como vemos, ese fin de año lo emplearon los militares en separar aguas ante quienes tenían en frente, atacando sin contemplaciones al grupo que generaba inestabilidad. Por otro lado el voluntariado de Cívicos en acción, demostraba la presión de los intereses de particulares en la marcha de los acontecimientos.

Llegó al amanecer al lugar que se le ordenó, en cuya casa no encontró a nadie, pero a las inmediaciones de esta tomó tres indios, un soldado desertor del 9º y dos mujeres cristianas con varios chiquillos los que tomaron prisioneros; e interrogado los indios dijeron que se encontraba cerca Pinto con su partida y se ofrecieron a indicar el lugar, en cuya pesquisa **encontraron varios indios cuidando una cantidad de ciento y más animales cabalgares, pero tan luego como divisaron la fuerza se fugaron dejando los animales, los que el oficial hizo arrear**, y regresaba pacíficamente con sus prisioneros, pero no había andado dos leguas se presentaron los indios armados de lanza en número de trescientos y cargaron por dos veces consecutivas dejando en el campo de 15 a 20 muertos de los suyos y como cincuenta heridos: por nuestra parte hemos tenido la desgracia de que hirieran a dos granaderos de acaballo, cuyas heridas no las creo de gravedad.<sup>69</sup>

El detalle de cómo se procedió con el botín, lo obtenemos del informe del jefe del Ejército del Sur en su correspondencia con el ministro de la Guerra.

“Lo trascibo a usted para su conocimiento; previendo a usted que los animales que componen el botín están entregándose actualmente a las personas que acreditan dominio sobre ellos con

<sup>66</sup> Basilio Urrutia. Mulchén, noviembre 6 de 1865. Al ministro de Guerra, p. 55. En: Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1866.

<sup>67</sup> Teniente coronel Pedro Lagos, p. 56, 57. En: Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso nacional de 1866.

<sup>68</sup> Por lo visto aquí se abre un interesante aspecto a sondear en futuras investigaciones, especialmente datos, hechos y memoria oral que corroboren lo que denunciaba Mañkelef.

<sup>69</sup> Basilio Urrutia. Los Ángeles 21 de febrero de 1866. Al Ministro de la Guerra, p. 61. En: Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso nacional de 1866.

pruebas fehacientes, **mediante un costo premio salvamento, de cuyo monto daré oportunamente cuenta a U.S. El resto del botín que, como lo expone el comandante de la división es muy insignificante, se ha invertido en la manutención de la tropa durante la expedición y en una corta retribución concedida a la misma tropa distribuida por los jefes respectivos**”.<sup>70</sup>

Con fecha 17 de noviembre Basilio Urrutia confirmaba de parte del Ministerio de Guerra la aprobación a la campaña sobre Chiwaiwe, entregando información más detallada sobre el botín y el estado de la guerra. Por lo visto era preocupación el que más que triunfos contundentes, obtuvieran sólo la hacienda enemiga.

**El botín que se ha recogido es insignificante y consiste en su mayor parte en ganado lanar; todo perteneciente a los indios ladrones.** El objeto de la expedición se ha conseguido, pues se ha impuesto a los indios, y muchos caciques principian a hacer protestas de sumisión

El 3 de diciembre se realizaba un *trawün* entre los *nagche* figurando entre sus convocantes y principales *fütra lonko* Wenchekal y Koilla. Para los militares esta reunión manifestaba la nueva disposición indígena tras la reciente campaña militar. Wenchekal les había expresado su disconformidad con la fundación de Angol “porque lo consideraba como el medio de que se valían los cristianos para ocupar sus tierras y dejarlos a ellos en la miseria”<sup>71</sup>. En la reunión se les hizo firmar un acta con los siguientes considerandos: 1º que era indispensable establecer reglas para impedir crímenes y castigarlos; 2º que no tienen los mapuches autoridades que contengan a las distintas agrupaciones en sus márgenes de libertad e impidan pasar a llevar los intereses ajenos (o sea, desgobierno); 3º que los “honrados” y “amigos” –entre los mapuche- no tienen condiciones ni estímulos para aumentar sus intereses de manera holgada, tranquila; 4º se impone aplicar leyes, castigar a los ladrones y obedecer al gobierno.

En un contexto de desgobierno al interior de Chile esos considerandos podían ser claros, consensuados y negociados por las partes (como en una lucha de facciones por poder político y no por territorio), pero en el contexto en que se enunciaban se mantenía por la fuerza ocupado un territorio que no pertenecía al Estado. Aun así, de lo paradójico de la situación y de una práctica unilateral bajo un contexto de fuerza, los *lonkos* “acordaron”: 1º Obedecer a las autoridades chilenas más próximas a sus territorios. Acudir cuando se les llamara e informar de las situaciones en su interior, especialmente de aquellos que albergaban ánimos hostiles. 2º Someter sus diferencias de intereses (cuando no pudieran dirimirlos) a los subdelegados de los fuertes que estaban próximos a su territorio. Los conflictos intra-comunidad podía solucionarlo el cacique, **aunque se podía apelar al subdelegado**. Como vemos un traspaso de soberanía y potestad se estaba firmando en este encuentro a favor de Chile. 3º Ante un enemigo externo (como España lo era para Chile) prestar hombres en lanza para su defensa.

Entre los derechos de que eran sujetos estaba el contar con protección de la intendencia ante los especuladores o malhechores y ante los otros mapuche. Aparecían 17 *lonkos* entregando su aprobación, sin firma, atestiguando por ellos 6 chilenos, uno de los cuales era el propio Basilio Urrutia.

Por lo visto tanta esquilma hizo que funcionara la estrategia chilena de llevar a los principales *lonko* a pactar en los términos unilaterales del Estado. Basilio Urrutia se lisonjeaba (en correspondencia de 12 de abril de 1866) ante el ministro de la guerra de haber logrado que

<sup>70</sup> Basilio Urrutia. Los Ángeles 21 de febrero de 1866. Al Ministro de la Guerra, p. 57. En: Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1866.

<sup>71</sup> Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1866.

los *wenteche* a través de Kilaweke, Naweltripai y Liguén, acudieran a Los Ángeles a escuchar las condiciones impuestas por el Intendente. Estas partían, como con los *nagche*, en una ratificación de lo que no se quería, es decir, que ellos tuvieran una desconfianza infundada e irracional ante las autoridades; que las disposiciones de las autoridades chilenas iban en beneficio de la tranquilidad y bienestar de los pueblos-fuertes de la frontera y de la misma población mapuche; que se les convocaba para evitar los continuos males que asolaban la frontera; que la solución era la extradición de todos los malhechores y la consagración de un mando único entre ellos (los *wenteche*) que debía quedar en posesión de Kilaweke, el que se entendería directamente con la Intendencia y **recibiría sus órdenes**.

Este episodio quedó en la memoria oral y fue transmitido por don Juan Kallfukura. En él se hacía ver a Kilaweke como gestor de la paz con los militares.

Kilaweke ta illkukefui ta femnechi dunu meu,  
femnechi müten femneayin tañi weda  
femnekunuateu ta ñi nullaneael ta mapu [...]  
Tufeichi kolonel Basilio Urrutia itro kúme  
wentru nei ta Kilapan ka tufachi falilkefi ñi  
dunun, fei meu mai mütrümfi ta los Ankeles chi  
waria meu. Amürkei ta kilaweke chilkatumerkei  
tañi wi, ñi doi kewanoael.

Kilaweke protestaba de la ocupación de la Araucanía que iba haciendo el gobierno, a pretexto de comprar terrenos a los *lonko*[...] El coronel Basilio Urrutia, considerándolo consejero de Kilapan y hombre de respetar su palabra, lo llamó a los Angeles. Kilaweke va y firma una carta de paz<sup>72</sup>

Los puntos “acordados” fueron: 1º La realización de un *trawün Wenteche* que permitiera a Kilaweke explicar las razones “sinceras” del gobierno y coordinar la entrega de malhechores; 2º Kilaweke tomaría el mando y representación de los *Wenteche*, lo que sería reconocido por el gobierno nombrándolo Cacique Gobernador, responsabilizándose del orden entre e intra comunidades. Acudiría a la Intendencia toda vez que fuera llamado, **ejecutando sus órdenes**. 3º La Intendencia le suministraría los recursos necesarios “para hacerse respetar y a procurarle un sueldo mensual”. El punto 4º y final, por lo visto, demostró cierto nivel de maniobrabilidad política de los líderes *wenteche*, al establecer que sólo fruto del *trawün* (estipulado en el primer punto) y de su “consenso”, sería posible cumplir el punto 2º y 3º.

El ejército chileno, involucrado en la guerra contra España y sin poder de ofensiva en la frontera, trasladaba escuadrones de avanzada desde los territorios ocupados, hacia sus lugares de origen. Para el comandante en jefe de las fuerzas de ocupación, en su comunicación con el gobierno central, esto se hacía para “la persuasión indicada”<sup>73</sup>, pero ¿no lo sería ante las presiones y negociaciones que sostenían con los propios mapuche?, es decir, desmilitarización de sus territorios.

Como una forma de ganar tiempo y designar responsables en una guerra que aunque no declarada, mantenía al estado mayor en una fase de precisión de los movimientos que consideraban estratégicos, informaba el Ministro de Guerra la designación de Cornelio Saavedra (mes de noviembre) como Jefe de la División de ocupación de la costa de la Araucanía. El 7 de noviembre de 1866 se fundaba la plaza militar de Tolten y se tomaba posesión de la angostura de Kolliko con otro fuerte militar, lugar por el cual circulaban los mapuche para atravesar hacia Tolten. En cuanto a Keule, se comunicaba que por su ubicación y el número más reducido de mapuche en su alrededor, sólo se instalarían dos piezas de artillería. La perspectiva geoeconómica sobre la zona en cuestión, hacía que familias se vinieran

<sup>72</sup> Tomás Guevara y Manuel Mañkelef, *Kiñe mufü trokiñche ñi piel. Historias de familias. Siglo XIX*. (Temuco, Chile: CoLibris / Liwen, 1912), 76 y 77.

<sup>73</sup> Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1866.

por cantidades a poblar estos espacios. Para ello los buques de la armada trasladaban colonos y comerciantes.

“Son motivos que contribuirán también poderosamente a que tengan un rápido desarrollo, la buena clase de los terrenos que las rodean, susceptibles de toda clase de cultivo; los bosques que contienen en abundancia diferentes especies de madera a propósito para construcciones; y por fin, la facilidad de comunicación por los varios caminos planos que se dirigen a los diversos puntos ocupados por las tribus del Imperial, Boroa, Villarrica y otras, con las cuales tienen ya los pobladores numerosas relaciones de comercio (...) esas plazas militares son otros tantos centros importantísimos que servirán para las futuras operaciones de la completa ocupación del territorio araucano”<sup>74</sup>

Estaba claro que las nuevas plazas militares eran vistas como enclaves que facilitarían la defensa del territorio de los desembarcos de tropas españolas y de cualquier otra potencia, que en guerra o no con Chile, podían disputar la soberanía entendiéndose directamente con los mapuches.

En el mismo informe del ministro de la guerra, se señalaba la pronta construcción de nuevos fuertes sobre los márgenes del río Malleko. Identificados seis puntos sobre los cuales circulaba la población mapuche, los fines de avanzar la frontera se materializarían destruyendo la mayor parte de estos pasos, salvo aquellos imposibles de inutilizar, sobre los cuales se instalarían fuertes militares capaces de controlar cualquier desplazamiento indígena. Estos mediante señales de aviso, comunicarían a la población civil y militar de la posibilidad de cualquier peligro, pero sobretodo limitarían el desplazamiento mapuche al norte de dicho río. Al unísono y estando recién elaborada, se aplicaría la ley de radicación indígena que había aprobado el Congreso y que regulaba la enajenación de terrenos para la colonización. Los gastos de la operación traerían sendas utilidades al erario nacional, como lo explicaba el Ministro.

“Asegurados los pasos del Malleko, el Estado puede entrar en tranquila posesión de los terrenos baldíos y de los muchos que tienen ya adquiridos por compra. Su enajenación, de conformidad con la ley de 4 de diciembre de 1866, o su distribución, atraerán indudablemente a esos lugares una numerosa población, y el erario aprovechará **tanto con la venta como con el desarrollo que naturalmente tomará la industria**. Subdivididos los terrenos en pequeñas hijuelas, se presentarán muchos interesados halagados por su módico precio; y el interés particular hará que esos fundos se encuentren en poco tiempo cultivados y suficientemente poblados, para disipar hasta el más remoto temor de que puedan ser amagados”.<sup>75</sup>

La visión militar hacía ver que la sola presencia de propietarios y de un marco regulatorio (el estado de derecho chileno), harían imposible la recuperación de los mismos por los mapuche. En la misma línea de ir afianzando el control territorial del Estado, se propuso la traslación del poder político-militar desde Los Ángeles hasta Angol, tras la idea de prestar protección y mantener el diálogo con las “tribus” aliadas, así como para contener a aquellas que insistían en defender su patrimonio. Las tropas ascendían a 1180 efectivos sumando las fuerzas de Mulchen, Negrete, Santa Bárbara, Angol, Nacimiento, Los Ángeles, Lebu y Kidiko.

Hacia 1867, los informes oficiales claramente denotaban que el acto que llevaban a cabo era consecuente con hacer efectiva la presencia del Estado en un territorio que desde siempre se pensó como parte de Chile, y en el cual los “indígenas” hacían ocupación, aunque no en calidad

<sup>74</sup>.Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1867, 8.

<sup>75</sup> Memoria que el Ministro de Estado en el departamento de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1867, 9 y 10.



de propietarios o soberanos. El acto de conquista, expresado como de “ocupación”, pretende jaquear las pretensiones mapuches de algún tipo de resistencia, echando mano de los inmensos recursos naturales que estaban presente. Se menciona la tierra (también la madera, los minerales), su subdivisión y venta, y como adyacentes a estos procesos la organización de una industria y un comercio. Para esto era fundamental erradicar “el estado de sublevación y depredación” que representaban los mapuches en trescientos años de historia. La idea no era aniquilarlos sino reconocer y fijar su propiedad...a la manera chilena, es decir, reproduciendo las desigualdades propias de una sociedad de clases.

## Conclusiones provisorias

### *Sociedad y ganadería*

Ambas sociedades entreveradas son tanto ganaderas como agricultoras; sin embargo, son distintas en la manera en que este aspecto de su economía gravita en el armazón social de las mismas. En la sociedad chilena esta condición se asoció a los grupos con poder económico y político, los hacendados, actuando las clases subalternas ligadas a esta actividad como huasos o inquilinos. Los grupos detentores del poder político en Chile lo componían latifundistas, mineros y comerciantes. Las motivaciones geoeconómicas que gravitaron sobre el estado durante la época de estudio, especialmente la apertura de mercados para el trigo y los derivados de la ganadería, convirtieron a este sector en uno de los más comprometidos con la conquista del *Ngulumapu*.

A pesar de las diferencias de clase entre los sectores acomodados de la sociedad -que ostentaban poder económico, político, militar, religioso- y los grupos subalternos, estos últimos no presentaron para la misma época posiciones divergentes de cómo proceder ante la conquista del *ngulumapu* que impulsaban las clases dirigentes. Si bien esto es materia de un estudio específico, podríamos suponer por omisión -con las fuentes que manejamos y la bibliografía que citamos- que existió una colaboración de clases en el propósito estratégico “nacional” que impulsó al grupo chileno a hacerse del patrimonio material de otra sociedad (el territorio, sus recursos y el ganado mapuche).

Las guardias cívicas de infantería y caballería tuvieron una acción constante en “el frente”. Estas fueron la manera en que la “sociedad civil”, aquella compuesta de hacendados, campesinos, inquilinos, comerciantes avecindados en los pueblos fronterizos y, a medida que avanzaba la frontera, quienes se iban convirtiendo en “población colonizadora”, actuaba de manera conjunta con el Estado. La política hacia ellos de parte de los mandos militares fue tenerlos como elementos de apoyo táctico al ejército regular beneficiándolos del botín, puntualmente ganado, que se obtenía de las acciones militares en contra de los “indios sublevados”. Si con las fuentes no podemos reconstituir aún la manera en que procedió la distribución del botín, podríamos suponer que ésta se hizo en consideración a lo “puesto” en la “empresa”. Existen cívicos a caballo y a pie, los primeros gozan de cierto estatus en la sociedad fronteriza chilena, por ser ganaderos; los segundos eran sectores menos acomodados y hasta marginales, algunos reclutados a la fuerza.

En el medio mapuche la ganadería reprodujo un modelo de sociedad descentralizada, configurándose en base a grupos territoriales interconectados cuya base social lo representaban familias extensas estructuradas poligámicamente. Si bien los datos etnohistóricos nos proyectan grupos que al interior de la sociedad mapuche concentran este valioso elemento, sus autoridades (*lonko, ülmen*) podían gozar o no de una acumulación significativa de ganado. El liderazgo entre los mapuche no fue exclusivo de quienes contaban con un patrimonio material en base a la acumulación de la riqueza. La posesión del ganado estaba en todos los grupos-familiares partes del *lofmapu*.

El ganado en esta sociedad tuvo más vías de redistribución entre sus componentes, por ejemplo, a través de la “empresa” del *malon*. El *kona* no es el vaquero-güaso-gaúcho que trabaja “apatronado” en la estancia-hacienda de la sociedad “criolla”, sino más bien un “inversionista” que con su esfuerzo/trabajo asegura su parte de manera autónoma a cualquier proceso de acumulación individual del trabajo colectivo. No es extraño encontrar en las fuentes a *lonkos* que gozaban del prestigio de la autoridad, siendo “pobres” en términos de acumulación ganadera. Esto no nos puede llevar al idealismo de un comunismo primitivo operando entre los mapuche. La condición de “riqueza” fue bien vista y estimulada entre los mapuche<sup>76</sup>, lo que motivó conflictos entre sus agregados fue la concentración y monopolio de ciertos “bienes” como la sal y el ganado. Quienes impusieron sus intereses parciales generaron significativos ciclos de conflictos.

### *Sobre la guerra*

El contexto histórico estudiado corresponde a los primeros años de la expansión chilena sobre el *Ngulumapu* septentrional. Esta etapa gozó de inseguridad, por parte del alto mando militar, por circunstancias como la crisis económica para realizar una campaña a gran escala y a cargo del erario nacional; por la guerra que se sostuvo con España; y por una opinión pública que no estaba del todo de acuerdo con una guerra total hacia el mapuche.

En este contexto la palpable apropiación del ganado mapuche aparecía con dos lecturas críticas: 1º como un medio de insuflar capital a quienes tenían intereses creados sobre el rubro y 2º la de aquellos que consideraban que no correspondía al quehacer de un ejército de la república, asociando directamente el acto con vandalismo y robo. Por lo visto, no se consideraba un daño al “enemigo” el extraer sus bases materiales de existencia. Aún así los mapuches resintieron los golpes, lográndose parte de la estrategia militar como era su presencia en *parlamentos* determinados unilateralmente por el estado.

Resultaba paradójico que los “enemigos” de un Estado invasor, no se presentaran a campo abierto a batallar e insistieran en *parlamentar*, al mismo tiempo que otros si resistían y atacaban. No operó el conflicto interétnico –puesto en una situación límite- bajo la dinámica de una guerra convencional, ni una confrontación total, tampoco con los protocolos ad hoc. El fenómeno de la guerra descrito no tiene ningún tipo de regulación, no hay una declaración que la inicie ni protocolos de capitulación<sup>77</sup>.

Al contrastar una sociedad estatal con mando militar centralizado -por lo tanto con un ejército permanente, con polvorines, sistemas de reclutamiento y plazas militares exclusivas (regimientos, fuertes, etc.)- tras el fin estratégico de conquistar otra nación; con una sociedad indígena con componentes territoriales que articulan sus poderes de manera descentralizada -y que adolece de un segmento de su población destinado a labores exclusivas de corte militar- que mantiene una relación entre ella y con los no mapuche a través de mecanismos políticos que supeditan lo militar a la búsqueda de una convivencia más que a una conquista; es que debiéramos precisar el tipo de “guerra” a que corresponde la “pacificación de la Araucanía”. Este ensayo ha usado conceptos como conquista (ausentes en las fuentes militares), entendiendo las distinciones entre un mundo socio cultural y otro.

<sup>76</sup> Al sujeto que tiene “situación” entre los mapuche se le denomina hasta el día de hoy como *Kümeche*, que literalmente se puede traducir como buena gente, pero que hace alusión a su buena condición (entre ella la de tipo “material”) de existencia.

<sup>77</sup> Los que existieron en la dinámica *guerra-parlamento* (con España y la temprana república) tras fines de recrear/restablecer relaciones en contextos de reconocimiento de soberanías-potestades independientes, habían quedado en desuso.

La construcción del conocimiento de este ensayo se hizo desde las fuentes militares chilenas<sup>78</sup>. En ellas existe una tensión permanente en el discurso oficial, pues si bien tratan de naturalizar, mediante el término “ocupación”, la conquista de un territorio y su población, los mismos informes demuestran el desconocimiento que tenían del mismo, así como su afán por mantener bajo control una situación inmanejable a veces. La revisión de estas fuentes primarias nos hace ver una realidad de manera sesgada, y dentro de esta la apreciación tan solo del alto mando castrense. En varios pasajes de la información hecha llegar al Ministerio de Guerra pareciera que existió el esfuerzo por limitar la obtención de botín de entre los mapuche, y la buena disposición del alto mando por controlar los hechos de este tipo. Aunque no cuesta imaginar la vista gorda que debieron hacer de excesos que otras tribunas, como los diarios, se encargaban de encarar a los militares, involucrando directamente a sus mandos.

En los años resumidos las motivaciones por la tierra como por el ganado mapuche corrían parejos para los conquistadores. Se trataba de dos bienes que aunque relacionados, gozaban de distinta valoración, no sólo económica, sino también simbólica. Centrar la atención exclusivamente sobre el recurso tierra se hace limitado para comprender la serie de motivaciones que guiaron a los chilenos a la guerra contra el mapuche. La obtención-arrebató de la ganadería significó una verdadera descapitalización, con el consecuente empobrecimiento, y una reinversión de la misma en otros actores que pasarían a ser claves en la ingeniería económica de los territorios al sur del Bío-Bío, como lo fue el latifundio, el inquilinaje, los colonos y el campesinado.

---

<sup>78</sup> Quedan pendiente para un futuro estudio las categorías en mapudungun de la guerra (*kewan*; *weichan*, *aukan*) y la memoria sobre la misma, que nos haga comprender su propia “prosa de la resistencia” del fenómeno. Captar la organización (su institucionalidad), sus componentes rituales como simbólicos, es desde ya un campo de investigación complementario y fundamental.

